

Guadalupe - 3ero 1era

Una aventura al pasado

Era un día soleado del mes de marzo, cuando, junto a mi familia, decidimos ir a visitar las cuevas de Zonda. Fue un largo viaje pero por suerte no me cansó demasiado.

Al llegar tuvimos que seguir un camino de piedras en una de las montañas. Pero como estaba tan emocionada, entré en una cueva que observé mientras avanzaba, dejando atrás a mis padres sin darme cuenta.

Una vez dentro de la caverna, admiré algunas pinturas rupestres. Sin embargo, al seguir recorriéndola, perdí la luminosidad y no veía prácticamente nada. Hasta que visualicé una pequeña luz blanca, con temor me dirigí a ella, era la única salida posible para ese momento.

De pronto, la luz me comenzó a atraer y al llegar a tocarla sentí cómo me transportaba, además de un fuerte zumbido que tuve en mis oídos.

Luego de unos segundos me encontré en una época del pasado, según mi intuición.

Miré a mi alrededor y había un pequeño grupo de personas alborotadas en un salón. Uno de ellos me pareció familiar; con cierto temor me dirigí al mismo y le pregunté quién era, a lo que él con apuro y enojo me respondió que su nombre era José Ignacio de la Roza. Yo tardé un poco en reaccionar ante este suceso, cuando a mi mente vinieron recuerdos de mi profesora de historia diciendo "...de la Roza fue un abogado y político argentino que se destacó por su puesto de teniente gobernador en la época de la Revolución..."

Al darme cuenta, rápidamente le pregunté dónde estábamos a lo que con tono serio respondió:

-Creo que eres la única persona de estas tierras que no sabe lo que sucede. Me han desterrado, ahora estoy preparando algunas provisiones para llevarme. Por suerte mi carreta todavía me pertenece. ¿Y usted por qué está vestida así?

-Oh, sobre eso. Bueno, yo en realidad soy del futuro, del año 2022, y solo salí a pasear a unas cuevas y terminé acá. Espero que me crea, mi intención no es ponerme en su contra.

-¡No puedo creerlo!- gritó luego de unos segundos de silencio -Entonces debe saber qué pasará conmigo, debo ser una persona importante para que me reconociera.

-De hecho sí, es uno de nuestros próceres. Por otro lado, con gusto le contaría lo que pasará en su vida, pero me temo que no he estudiado mucho sobre usted. ¿Le gustaría contarme sobre lo que ha vivido?

-Con gusto le puedo contar, igualmente trataré de ser rápido, no tengo mucho tiempo. Nací el 1 de agosto de 1786, aquí, en San Juan. Mis padres, Fernando de la Roza y Andrea Torres, al ser de familias privilegiadas tuvieron la oportunidad de enviarme a estudiar a Córdoba, donde me formé, para luego obtener mi licenciatura y doctorado en derecho en 1806 en Chile.

-Oh, se nota que le gusta estudiar pero, ¿cuándo regresó?

- Regresé al comienzo de la Revolución de Mayo pero a Buenos Aires, donde participé en esta de la mano del secretario de la Primera Junta, Mariano Moreno. Finalmente, me establecí en San Juan tiempo después y, en enero de 1815, fui elegido alcalde de primer voto del cabildo. Pero, como todas las miradas estaban sobre mí, ascendí a la Primera Magistratura rápidamente.

- No sabía nada sobre eso, sin embargo creo que ayudó a San Martín con su plan, ¿no es así?

-Claro, el 24 de mayo de 1815, asumí como teniente gobernador de San Juan gracias a San Martín, en ese momento, gobernador de Cuyo. Con mi puesto, reuní principalmente infantes para el Cruce de Los Andes, así como también esclavos, además de mandar a preparar a ciudadanos de 15 a 45 para la guerra.

-¿Y qué hizo durante su mandato?

-Durante mi gobierno impulsé la educación primaria, creando la Escuela de la Patria. También fomenté el comercio y la agricultura e instalé obras de regadío. Además, desarrollé exportaciones mineras en la provincia, como el oro de Hualilán.

- Hizo un montón por la provincia pero, ¿qué hay de usted, formó su familia, no?

-Sí, claro. Me casé el 12 de enero de 1817 con mi esposa, Tránsito de Oro, y tuve un hijo, Rosauro.

-¿Y cómo llegó a la situación que lo obliga a irse de la provincia?

- En 1819, la miseria de la provincia era general y las tropas, al regresar, no querían emprender la campaña a Perú. Igualmente, desde 1818, cuando quise la reelección, el pueblo ya expresaba su descontento. Además, le declaré la guerra a los de Oro, aún recuerdo cuando deporté a Chile a Fray Justo Santa María de Oro.

-Su vida ha estado repleta de acontecimientos, ¿y luego?

-Como el ejército estaba cansado, el 9 de enero de este año, 1820, el Batallón Nro. 1 de Cazadores de Los Andes, que formó parte del ejército, se sublevó junto con Mariano Mendizábal, esposo de mi hermana Juana. Por eso me encarcelaron por dos meses, con pena de muerte. Pero gracias a la insistencia de mi otra hermana, Félix, mi pena se cambió solo a destierro. Y aquí estoy, creo que el esposo de mi hermana, Alejo Junco, también irá conmigo.

-¿Pero sabe dónde irá?

-La verdad no, la carreta me está esperando y me temo que me tengo que ir.

-Oh claro, yo también tendría que regresar a mi presente- Respondí.

En ese momento, observé nuevamente una luz blanca y me despedí cortésmente. Mis ojos se cerraron y cuando desperté estaba en la cueva.

Miré a mi alrededor y mis padres corrieron hasta mí preocupados. Yo, actuando tranquila, les pregunté por cuánto tiempo los perdí, a lo que ellos respondieron que solo fueron unos minutos.

Luego del paseo, llegué a mi casa e investigué qué pasó con José Ignacio de la Roza, me encontré con que lo exiliaron a La Rioja, pero él, a través de Chile, llegó a Perú, donde falleció el 9 de octubre de 1834.

Es hora de descansar después de mi larga aventura de hoy, espero pronto comenzar una nueva.